

From: Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America, 31.1 (Spring, 2011): 196-204.
Copyright © 2011, The Cervantes Society of America.
<http://www.h-net.org/~cervantes/csa/articles11/CachoCasalS11.pdf>

Francisco Márquez Villanueva. *Moros, moriscos y turcos de Cervantes: Ensayos críticos*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2010. 465 pp. ISBN: 978-84-7290-498-9.

Uno de los episodios más misteriosos y novelescos de la vida de Cervantes es el que abarca sus cinco años de cautiverio en Argel (1575-1580). La imagen

de un soldado heroico, firme ante la adversidad y dispuesto a arriesgar la vida a cada paso para escapar de su prisión y volver a España, se ha reiterado en numerosas páginas de biografías y ensayos críticos sobre el autor del *Quijote*, además de ocupar una parte importante del imaginario colectivo cervantino que se ha ido construyendo a partir del siglo XVIII. Por otra parte, la etapa argelina está directamente relacionada con un elemento fundamental de la obra de Cervantes: su fascinación por el mundo islámico. La presencia notable de temas, personajes, cuestiones y motivos orientalistas en las comedias, *Novelas ejemplares*, *Quijote* y *Persiles* se ha solido explicar como una respuesta a sus experiencias en Argel, entre árabes, renegados y cautivos. El tema ha sido analizado, entre otros, por Albert Mas, Ottmar Hegyi, María Antonia Garcés y, hace ya más de treinta años, por Francisco Márquez Villanueva en su *Personajes y temas del QUIJOTE* (77-146; 229-335).

El nuevo libro de Márquez Villanueva ofrece una revisión global de todos estos aspectos, retomando el hilo de dichos estudios, pero, a su vez, partiendo de cero. *Moros, moriscos y turcos de Cervantes* empieza en una galera en Lepanto y acaba en una venta de la Mancha, entrelazando en su discurso la biografía del escritor, el contexto histórico español y europeo y la tradición literaria para reconstruir uno de los aspectos clave de Cervantes, quien “vive toda su vida en la poesía pendiente de una problemática presencia del moro” (320-21). Sin embargo, el libro dista mucho de ofrecer una sencilla lectura *biographico modo* de sus escritos a la luz de sus vivencias personales, dado que entre ambos se instaura un diálogo de interrelaciones mucho más elaborado que tiene como motivo conductor el análisis del pensamiento y del arte cervantinos.

El trabajo de Márquez Villanueva se organiza en cuatro capítulos que, en líneas generales, siguen un orden cronológico: *Cautiverio* (pp. 15-74), *Novela* (pp. 75-149), *Moriscos y turcos* (pp. 151-221) y *Expulsión* (pp. 223-311). Estos cuatro capítulos van precedidos de un índice (pp. 9-10) y un breve prólogo (pp. 11-14), y se cierran con un *Utrólogo* (pp. 313-22). Los dos primeros capítulos, *Cautiverio* y *Novela*, vuelven sobre los años de prisión en Argel para intentar explicar por qué “de cara al Islam, Miguel de Cervantes constituye un caso especial y nada fácil de encasillar, pues no es en ningún momento un resentido, un tránsfuga religioso ni un colonizado cultural” (16). Para ello, el estudioso se sirve de la *Topografía e historia general de Argel* (1612), publicada por Diego de Haedo, pero escrita por su sobrino, Antonio de Sosa; y de los documentos conocidos con el nombre de *Información de Argel*. Ambos textos han sido empleados profusamente por la crítica, que Márquez Villanueva

maneja con erudición y fluidez, pero de la que, al mismo tiempo, se destaca para llevar a cabo una nueva lectura de estas fuentes. En concreto, ofrece una contextualización de estos testimonios dentro del marco hispano-mediterráneo de finales el siglo XVI, prestando especial atención a la batalla de Lepanto y a las relaciones entre Europa y el imperio otomano. El autor reconstruye las posibles experiencias de Cervantes durante su cautiverio, considerando aspectos como su aprendizaje del árabe y del turco, de las costumbres sociales y religiosas de sus carceleros, y de la extraña “república al revés” que debió ser Argel en aquel entonces, en la que encontraría “una perenne incitación a calibrar realidades contrapuestas, a la revisión de convicciones y desvalores” (29). Como sugestivamente apunta Márquez Villanueva, en la ciudad argelina Cervantes conoció la diversidad en todos sus matices y vivió lejos de los prejuicios sociales hispanos, codeándose con gente de rango superior. Además, pudo probablemente desarrollar “una medida actividad literaria” y tener contacto con “poetas y escritores españoles e italianos” (33). En muchos sentidos, pues, “es muy posible que Cervantes no se sintiera nunca más libre (o bien menos oprimido) que en aquellos años de proclamado cautiverio” (78).

Las páginas dedicadas a presentar una nueva lectura de la *Información de Argel* resultan especialmente sugerentes (75-99). A través de ellas, el estudioso profundiza en la personalidad de Cervantes, que destaca por su cordialidad y amable trato con todos (76-78). Junto con ello, los testimonios aducidos en este texto le permiten a Márquez Villanueva rechazar con contundencia las hipótesis, a veces avanzadas por la crítica, de que el autor hubiera caído en la apostasía o tenido relaciones homosexuales (la así llamada *garzonía*). En este contexto, se señala como gran enemigo de Cervantes el doctor Juan Blanco de Paz, cuyas delaciones y maquinaciones contra él son analizadas de forma amena y detallada (80-85). El estudio, sin embargo, no deja de señalar que la *Información* fue un documento dirigido y manipulado por Cervantes, con miras a dejar una imagen impecable de sí mismo y poder así borrar las posibles difamaciones de las que habría sido objeto por delatores y, sobre todo, por Blanco. Hay, pues, algo de ‘literario’ en este texto que lo acerca a los varios álgos poéticos que se hallan en comedias como *El trato de Argel* o la novela del Cautivo del *Quijote* (86-92; 99-106). En este sentido, *Moros, moriscos y turcos de Cervantes* no sigue sólo un enfoque histórico y biográfico, sino que tiende numerosos puentes entre estas obras cervantinas y la tradición literaria. Comedias como *El trato de Argel* o *El gallardo español* son puestas en relación con la maurofilia española, que tiene a uno de sus ejemplos más destacados en el *Abencerraje* (54-60); y, a su vez, la novela de *El amante liberal*

se enfoca a través de su dependencia e innovación con respecto a Boccaccio y sus continuadores, y hasta al mundo oriental de *Las mil y una noches* (60-74).

Por lo que se refiere al *Quijote*, el personaje de Zoraida se estudia a la luz del folklore, del motivo de la ‘mujer liberadora’ y de los *novellieri*, dejando también un penetrante análisis de la conflictiva caracterización psicológica de esta mora renegada y de su matrimonio de interés con el Cautivo (107-27). La lectura de Márquez Villanueva se opone al supuesto idealismo de esta historia intercalada, poniendo en evidencia el pragmatismo y el malestar de esta pareja de enamorados cultural e ideológicamente tan alejados, más allá de su idilio sentimental. Este episodio ni es autobiográfico ni ejemplar, y en muchos aspectos rompe con la verosimilitud tal y como la entendía la poética neoaristotélica (121-49). Los personajes cervantinos se resisten a amoldarse a cauces prefijados, y, por momentos, se despegan poderosamente del texto y parecen tomar cuerpo con sus conflictos y contradicciones. Esta polémica relectura de los preceptos clásicos es algo que relaciona indudablemente a Cervantes con autores como Rabelais, Montaigne o Folengo, y que queda plasmada sobre todo en la figura del historiador-narrador Cide Hamete Benengeli, fiel reflejo de “una cultura literaria capaz ya de reír de sí misma” (130). En el segundo capítulo se señala la posible deuda de esta creación cervantina con las *Epístolas familiares* de Antonio de Guevara, donde se emplea el recurso del manuscrito encontrado con unas características que recuerdan el *Quijote*. Pero, ante todo, lo que predomina es la originalidad del historiógrafo arábigo, cuyos disparates suponen “una forma de someter a piedra de toque las doctrinas más arduamente básicas de la renacida Poética neoaristotélica” (140). Su matriz burlesca le asocia especialmente con la tradición bufonesca, idea muy relevante que queda apuntada y que quizás podría haberse desarrollado un poco más (140-49).

El tercer capítulo, *Moriscos y turcos*, se vuelca en el contexto político e ideológico europeo, prestando especial atención a las consecuencias del Concilio de Trento en España y a la problemática difusión del maquiavelismo-tacitismo. Dentro de este marco se introduce el debate sobre los moriscos de España, desde sus orígenes a finales del siglo XV hasta la expulsión de 1609-1614 (151-87), lo cual ya había ocupado a Márquez Villanueva en su libro sobre *El problema morisco* (1991). En concreto, el crítico se detiene en la figura y en los arbitrios de Pedro de Valencia, discípulo aventajado de Benito Arias Montano, y establece un itinerario ideológico que vincula la “utopía humanístico-cristiana” (174) de estos autores en una trama que va desde Erasmo a Cervantes, pasando por Justo Lipsio. De hecho, el autor del *Quijote* “asume

una misma base religioso-moral de signo Montano-Valencia para la «pequeña utopía» que ha de inspirar el gobierno insulano de Sancho” (175). Esta deuda se aprecia también en la postura de tolerancia cervantina relativa a los moriscos, cuyo punto de partida estaría “cercanamente moldeado por las ideas de Pedro de Valencia” (178), tal y como las desarrolló en su *Tratado acerca de los moriscos de España*, ‘arbitrio’ manuscrito que dirigió al confesor real Diego de Mardones en 1606. La tesis que debió dejar una huella mayor en Cervantes fue la de la *permisión* o matrimonios mixtos, que éste pone en práctica en la comedia *La gran sultana* (187-214). Como Valencia, el poeta cree que la posible solución a la cuestión morisca es la de la integración a través de las uniones interraciales, que, de hecho, sirve para dar un desenlace feliz a su pieza teatral. Catalina de Oviedo es interpretada no como una figura trágica o patética, “sino como foco de amor y conciliación” (196). Todo ello implica que *La gran sultana* no es una mera bufonada o comedia fallida, como ha sido interpretada en algunas ocasiones, puesto que en realidad se propone “abrir nuevos y hasta radicales caminos al discurso del problema morisco” (206). La tesis de una supuesta relación entre Valencia y Cervantes resulta desde luego muy interesante, y ofrece una perspectiva novedosa para acercarse a obras como *La gran sultana*, pero cabe también señalar que el análisis de esta comedia no resulta siempre suficientemente detenido y que termina por quedar algo desconectado del apartado que le sigue donde se estudia el *Coloquio de los perros* (214-21), texto que, en principio, parece ir en contra de la tesis de un Cervantes a favor de la integración de los que Berganza apoda de “morisca canalla” (*Novelas ejemplares* 722). La respuesta a esta aparente contradicción, según Márquez Villanueva, se halla en una lectura irónica de este pasaje de la novela, en el que las críticas excesivas del perro serían una muestra de la ironía cervantina, que pone en su boca prejuicios racistas tan sólo para contradecirlos. Se trataría en efecto de un sofisma que la lógica tradicional clasificaría de *Dictum de omne, dictum de nullo* (217). Un caso paralelo sería el de *La gitanilla*, que se abre con esta lapidaria (pero en realidad irónica) sentencia: “Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones” (*Novelas ejemplares* 89). Desde este punto de vista, Cervantes estaría desarrollando un magistral ejercicio de epideixis o elogio paradójico, equivalente al del *Encomio de la locura* de Erasmo (220), lo cual permite además fechar el *Coloquio* “entre 1609 y 1613, es decir, una vez consumada la expulsión y a manera de sutil juicio póstumo sobre la misma” (219).

La datación del *Coloquio* es indiscutible, puesto que parece casi seguro que el diálogo entre Berganza y Cipión deba considerarse como “una cómoda

profecía *ex post factum*” (219). Con ello, Márquez Villanueva aporta un importante elemento de análisis que enriquece la lectura de esta novela cervantina y que la pone en relación con otro episodio clave del *Quijote*: el encuentro entre Sancho y Ricote (2.54). Esta cuestión ocupa el cuarto capítulo del libro, *Expulsión*, y supone a la vez la conclusión y la culminación de sus teorías sobre Cervantes y el mundo islámico. Se trata de un análisis penetrante que relaciona la figura del vecino de Sancho con los problemas desencadenados por la expulsión de los moriscos del valle de Ricote, así como los panfletos partidarios de la solución final que se redactaron en las primeras dos décadas del XVII y la reacción cervantina ante ellos (223-278). Cervantes estaría muy al tanto de las polémicas suscitadas por estos acontecimientos y tendría, además, informaciones privilegiadas gracias a sus amistades y relaciones con personajes como el secretario del duque de Saboya, Juan de Urbina, que fue amante de su hija Isabel. El cuadro trazado por Márquez Villanueva es abarcador y presenta muchas ideas que aclaran puntos oscuros de la vida y de la obra del escritor. La mayoría de éstas terminan confluyendo en el episodio de Ricote donde, como en el caso del *Coloquio de los perros*, el poeta estaría siguiendo una técnica “sólo un paso más acá de la adoxografía paradójica” (229), poniendo en boca del morisco una alabanza de la expulsión, que define como “gallarda resolución” (*Quijote* 963) de Felipe III. En realidad, lo que hay detrás de estas palabras es ironía y una postura francamente adversa a la intolerancia racial y religiosa, que se halla reflejada también en el elogio de la libertad de conciencia que ofrece Ricote en su diálogo con Sancho y que muestra a un Cervantes defensor de los derechos humanos (260-70).

Sin embargo, hay otros casos en las obras del escritor que no encajan demasiado fácilmente con los planteamientos de Márquez Villanueva. Por ejemplo, es bastante llamativo que al llegar a Valencia a un “lugar de moriscos” (550) los peregrinos del *Persiles* se topen con una acogida tan calurosa como hipócrita por parte de un anciano morisco, lo cual le lleva a Antonio a contradecir esos lugares comunes de los que, en principio, Cervantes se habría modado en las *Novelas ejemplares* y el *Quijote*: “Yo no sé quién dice mal desta gente, que todos me parecen unos santos” (550). Aquí el autor se está oponiendo sin subterfugios a los tópicos negativos que circulaban sobre los moriscos para, acto seguido, confirmarlos. Rafala, la hija del anciano, admite que ella es una morisca que profesa la fe católica y que su padre está aliado con los “cosarios berberiscos” (551) y que su intención es la de asesinarlos y quemar la iglesia del pueblo. Será el tío de Rafala, Jarife, “moro sólo en el nombre y, en las obras, cristiano” (552), quien los salvará, no sin antes haber celebrado en profecía “el

gallardo decreto” (554) de la expulsión de los moriscos. En este caso el sofisma del *Dictum de omne, dictum de nullo* o el discurso adoxográfico no parecen funcionar, y, por lo tanto, es preciso buscar otras posibles explicaciones para justificar este episodio del *Persiles*. Es por ello que resultan un tanto escuetas y apresuradas las páginas que se le dedican en el libro de Márquez Villanueva (283-89), donde el problema se solventa afirmando que el discurso de Jarife es el de “una mente confusa” (284), y que el “episodio del *Persiles* no significa quiebra, sino mera inflexión discursiva o juego” (286), pues, en realidad, “confirma por vía contraria las tesis de Pedro de Valencia” (288). Según esta regla de tres, Cervantes siempre defiende a las minorías desfavorecidas y, en concreto, a los moriscos, ya sea por activa o por pasiva.

El mismo caso de Ricote está poco claro. El hecho de que el morisco se haya asociado con unos alemanes borrachos y hedonistas, que bajo el disfraz de peregrinos vienen a España a sacar provecho de la caridad ajena para llenar la barriga no parece dejarlo en una posición demasiado feliz. La libertad de conciencia de los alemanes está a un paso de ser inmoralidad, y resulta un tanto oscura la actitud de Ricote, “codicioso” (965) por recuperar el dinero que tiene escondido en su pueblo y por comprar los favores de Sancho. Así como resulta llamativo que Cervantes emplee expresiones negativas muy semejantes en sus obras para referirse a los moriscos: “España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos” (*Novelas ejemplares* 723), “criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa” (*Quijote* 963), “como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo las entrañas” (*Persiles* 553). Cabe recordar que para el mismo Pedro de Valencia, más allá de su tolerancia, los moriscos representan una seria amenaza, “siendo tan notorio el odio capital que nos tienen y tan grande el riesgo en que el Reino está por ellos” (*Tratado* 97). La postura de Cervantes ante la expulsión resulta cuando menos ambigua, y uno de los grandes méritos de Márquez Villanueva es el haber puesto en evidencia su complejidad.

El escritor se inscribe en una cosmovisión inevitablemente hispana, imperialista y no exenta de prejuicios raciales y religiosos, pero, por encima de ello y de los estereotipos, para él lo que hay son sobre todo casos individuales, personas con sus virtudes y sus defectos que terminan contradiciendo las supuestas normas o cánones preestablecidos. Pocos críticos han sabido captar esta profundidad como Márquez Villanueva, quien la ha analizado durante muchos años hasta llegar a perfilarla en una síntesis como la que recoge en *Cervantes en letra viva*: “De un modo enfático, Cervantes no escribe nunca eso que mucho después se llamaron obras ‘de tesis.’ Su lección ha sido úni-

camente la de recordar la complejidad insondable del fenómeno humano y la imprudencia de querer abarcarlo bajo ningún apresurado ni unívoco acercamiento doctrinal” (97). Desde este punto de vista, lo que posiblemente le molestaría más a Cervantes no fue la expulsión en sí, sino la terrible simplificación que ésta suponía al poner en un mismo saco a tanta gente entre la que habría personas fieles a la Iglesia y al rey como Rafala y el mismo Ricote, cuya degeneración moral y personal ha sido causada por un edicto promulgado demasiado a la ligera que le ha llevado a él y a varios españoles de origen morisco a caer en brazos de “cosarios berberiscos” o alemanes protestantes. Negar la tolerancia de Cervantes es, quizás, tan simplificador como quitarle importancia al valor que éste atribuía a conceptos como los de patria y fe. No hay que olvidar que todavía en 1614, más de cuarenta años después de la batalla de Lepanto, el arcabucero que se enfrentó a los turcos y perdió el uso de una mano decía que ésta había sido “la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros” y que “quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella” (*Quijote* 543). Resulta muy difícil leer estas líneas con el menor atisbo de ironía, así como dudar que los planteamientos de Cervantes sobre el mundo islámico son múltiples y diversos, y que en ocasiones no estarían exentos de ciertos inevitables prejuicios. De lo contrario, se corre el riesgo de seguir perpetrando el mito que, según ha explicado Canavaggio, ve a Cervantes siempre e inevitablemente como un “receptáculo de todos los saberes o en parangón de todas las virtudes” (2003: 420). No obstante, como defiende Márquez Villanueva, sería igualmente empobrecedor intentar encasillarlo en un marco ideológico al uso, puesto que, por ejemplo, no tuvo reparos en contar su obra maestra a través de la voz de Cide Hamete, “autor arábigo”, y representante de ese grupo de “nuestros enemigos” (*Quijote* 88).

El trabajo de Márquez Villanueva supone una valiosa aportación, que llena un hueco muy importante en el cervantismo y ofrece una relectura abarcadora, inteligente y muy sugestiva de Cervantes y su obra. En pocos estudios se ha tratado el tema del influjo del mundo islámico en el autor del *Quijote* con tanta riqueza de matices históricos, biográficos y literarios. *Moros, moriscos y turcos de Cervantes* es una obra sólida de uno de los más grandes cervantistas españoles que, fiel a sus ideas, se ha movido durante toda su vida entre mundos, lenguas y culturas diferentes. Esta búsqueda intelectual no se ha detenido delante de ninguna idea recibida ni de los muros ideológicos del mundo académico español que, desde muchos puntos de vista, sigue anclado a prejuicios de vieja estampa. En este sentido, su libro propone una revisión

del pensamiento cervantino y, a su vez, una invitación a las nuevas generaciones de hispanistas para que rompan el cerco de lo 'preestablecido' y para que abran nuevos cauces mirando al pasado con renovado ojo crítico. Su estudio no es tan sólo un análisis centrado en Cervantes, sino también un elogio de la libertad intelectual, y en él se destaca tanto lo que todavía queda por hacer como lo que es preciso empezar a deshacer. De estas páginas sobresale la figura de un escritor y un pensador complejo, humano y renovador. Sus contradicciones, aparentes y reales, son cada día más palpables precisamente gracias a trabajos como los de Márquez Villanueva, quien nos invita, hoy más que nunca, a sumarnos a la "Poética de la paradoja" (316) de Cervantes. Sería una verdadera lástima no aceptar su invitación.

RODRIGO CACHO CASAL
University of Cambridge
Rgc27@cam.ac.uk

Obras citadas

- Canavaggio, Jean. *Cervantes*. Trad. M. Armíño. Madrid: Espasa Calpe, 2003.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. F. Rico. Madrid: Real Academia Española, 2004.
- . *Novelas ejemplares*. Ed. J. García López. Barcelona: Crítica, 2005.
- . *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Ed. C. Romero Muñoz. Madrid: Cátedra, 1997.
- Márquez Villanueva, Francisco. *Cervantes en letra viva: Estudios sobre la vida y la obra*. Barcelona: Reverso, 2005.
- . *Personajes y temas del QUIJOTE*. Madrid: Taurus, 1975.
- . *El problema morisco (desde otras laderas)*. Madrid: Libertarias, 1991.
- Valencia, Pedro de. *Tratado acerca de los moriscos de España*. Ed. R. González Cañal. Introd. R. Carrasco. *Obras completas*. Vol. 4. León: Universidad de León, 1999. 13-139.